

# Para los agricultores inexpertos: nuevos conocimientos sobre las *Geórgicas* de Virgilio

Manfred ERREN

(trad. Pedro C. TAPIA ZÚÑIGA)

RESUMEN: El año 29 a. C., en vísperas de que Octaviano celebre su triunfo, Virgilio le presenta su programa de gobierno, en forma de poema. Los soldados se establecerán como nuevos agricultores y, con los modestos campesinos, llevarán la vida feliz y pacífica de los sabios, en Italia, la tierra más hermosa del mundo, ahora centro del imperio romano. Sobre una base de poesía didáctica antigua, de empirismo peripatético y de filosofía epicúrea de la naturaleza, Virgilio coloca en ese programa un esbozo de agricultura y de astronomía, carente de aspectos comerciales, científicamente moderno y poéticamente elaborado. El epilio que está al final del poema era, originalmente, un texto para una pantomima que se mofa de la creencia en la inmortalidad de las almas, pero Virgilio lo añade a las *Geórgicas* como pieza didáctica sobre la muerte y el renacimiento.

\* \* \*

ABSTRACT: Prior to Octavian's triumph of 29 B. C., Virgil presents him with his poem, that proclaims the Augustan political agenda, the *Georgics*. The soldiers will be the new farmers and together with the humble peasants will live the blessed and peaceful life of the wise in Italy, the most beautiful land on earth and the center of the Roman Empire. Virgil bases his poem on ancient didactic poetry, Aristotelian empiricism, and Epicurean philosophy of nature; he establishes in his program an outline of agriculture and astronomy that does not refer to commercial aspects and is scientifically modern and poetically elaborate. The epyllion at the end of the poem was originally the text for a pantomime that mocked belief in the immortality of souls, but Virgil attaches it as it was to the *Georgics* as a didactic piece concerning death and rebirth.

PALABRAS CLAVE: agricultor, geórgicas, virgilio.

RECEPCIÓN: 15 de junio de 2003.

ACEPTACIÓN: 20 de septiembre de 2003.



**Para los agricultores inexpertos:  
nuevos conocimientos sobre las *Geórgicas*  
de Virgilio**

Manfred ERREN

(trad. Pedro C. TAPIA ZÚÑIGA)

Muchos consideran a las *Geórgicas* de Virgilio como el poema latino más hermoso de la antigüedad clásica. Los latinistas lo leen saboreando mucho su lengua y su estilo, pero se preguntan por qué Virgilio hizo un poema sobre ese asunto. Normalmente se dice: “por juego”. Sin embargo, ésa no es una respuesta. Ya en aquellos tiempos debieron existir muchísimos otros juegos, más divertidos. Siete años de trabajo en textos filosóficos y científicos, y en discursos políticos ante un hombre poderoso..., eso no es ningún juego.

Hace cincuenta años, le pedía yo a mi querido maestro, el profesor Karl Büchner, que me sugiriera algún tema de doctorado. Él quería que yo escribiera la historia de la “literatura épica didáctica” como género, ese que logró su perfección en las *Geórgicas* de Virgilio. Y yo le pregunté: “¿Cuáles poemas debo investigar?” A ello, él respondió: “todos”. Así, comencé con Hesíodo. En aquel tiempo, en los dos años y medio que yo tenía para hacer la tesis de doctorado, sólo llegué hasta Empédocles y Lucrecio. Ojalá ahora, al comunicarles mis conocimientos de este trabajo —después de más de cuarenta años de estudio, y más de treinta años de trabajo sobre un comentario a las *Geórgicas* de Virgilio—, ojalá ahora logre mostrar qué es lo sobresaliente en este poema, eso en que supera a todos los poemas didácticos anteriores.

En mi opinión, es el hecho de que su aparición coincide con el principio de la época imperial romana: el año 29 antes de

Cristo, *Cayo Julio César Octaviano, hijo del divino*, celebró la batalla de Accio. Con ocasión de este triunfo y por encargo de Mecenas, Virgilio, con las formas tolemaicas del culto a los soberanos, pide al vencedor que favorezca en Italia a los jóvenes agricultores que ahora intentarán establecerse.

El mensaje de Virgilio es éste: “¡hoy, puesto que los ejércitos de la guerra civil han sido disueltos, desarmados y licenciados, los vencedores que regresan a casa deben lanzarse con ardor y ahínco al trabajo que hoy está abandonado en el campo!”

Una exhortación tan felizmente sublime, liberadora y, a la vez, extraordinariamente actual, es, en sí, algo hermoso. Como poema didáctico, la exhortación es única.

En su poema, Virgilio no intenta enseñar a los grandes terratenientes de condición senatorial o ecuestre —entre ellos, a su honorabilísimo patrono Mecenas—, y mucho menos al *imperator* que regresa victorioso a la patria y asumirá el poder del estado, cómo un mayordomo debe organizar los trabajos de la villa. Mucho menos quiere Virgilio componer para mayordomos, normalmente esclavos, un poema épico artístico que probablemente no van a leer, ni quiere imponer su libro en la mano de los jóvenes trabajadores del campo, que normalmente no saben leer ni escribir. Lo que él quiere es, más bien, poner a trabajar a todo un pueblo de nuevos agricultores. Por ello, él debe decir, ya, a qué trabajo se refiere, ese que a partir de ahora debe ocupar a todos.

El manifiesto fue un acontecimiento feliz. Todos: soldados, terratenientes, hombres de negocios, inversionistas..., todos habían anhelado durante años la llegada de este momento. Ahora, finalmente —mediante el poeta—, Mecenas les decía que, después de la guerra, después de tantos sufrimientos y de tanta pérdida de vidas y bienes, después del derrumbe de la economía y de las reiteradas fallas del abastecimiento, ahora al fin había que ir nuevamente hacia adelante con un trabajo constructivo.

Para esta proclama, Virgilio era el hombre perfecto. A través de sus poemas, todos lo conocían y lo amaban como a alguien muy culto, pero también se sabía que era un ingenuo transpadano; además, él ya había hecho propaganda por el nuevo César y por su futuro régimen. Después de las guerras de Módena y Perusia, en las cuales —como heredero y vengador del asesinado César— el joven triunviro Cayo Octavio comenzó su extraordinaria ascensión, fueron confiscadas grandes extensiones de tierras, para entregárselas a los soldados vencedores. Entre estas propiedades, también estaba una de Publio Virgilio Marón, cerca de Mantua. Sin embargo, esta confiscación inmediatamente fue reconocida como una equivocación táctica. Virgilio había sido un partidario convencido de César, el dictador asesinado, y, al estilo de Teócrito, el bucólico de los Tolomeos, ya les había dedicado brillantes poemas a varios dirigentes de ese partido. Por ello, los que habían sido homenajeados en tal forma, se apresuraron a recuperar las propiedades que le habían sido requisadas a Virgilio y, por ello, Virgilio dio las gracias a Octavio con las églogas primera y novena, en las cuales, según el uso tolemaico, alaba al joven triunviro como a un dios. Luego, también recibió el encargo de que, tras la guerra —siguiendo el ejemplo de Teócrito, su poeta favorito—, hiciera propaganda en favor de la política de restauración del nuevo régimen. Esto, precisamente esto —pero mejor que Teócrito—, esto es lo que lleva a cabo Virgilio con las *Geórgicas*, su gran poema didáctico.

Para su trabajo, Virgilio tenía asesores competentes. En los años del segundo triunvirato, en Roma ya existía el concepto de una política de establecimiento de colonias y repartición de tierras, así como el de la creación o recreación de mitos patrióticos, de acuerdo con modelos helenísticos; dichos conceptos se habían desarrollado en el círculo amistoso de César y Cleopatra. Así, cuando el heredero universal de César regresaba a Italia —ciertamente sin Cleopatra, pero no sin su servi-

dumbre calificada de consejeros que nuevamente irían a Roma, donde continuarían los trabajos que habían iniciado con César—, en el año 29 antes de Cristo, Virgilio pudo ponerle enfrente la obra que se le pidió, en un estilo acorde con los tiempos.

Casi se sobreentendía que Virgilio estaba en la comitiva de aquellos que viajaron al encuentro del *imperator* para saludarlo, como era la usanza. Mecenas —el principal responsable de los asuntos romanos e itálicos— quería ofrecerle al nuevo César el poema de Virgilio aún antes de su entrada en Roma, de ser posible.

Resultó muy oportuno que la llegada del triunfador se retrasara un poco. Para las muchas actuaciones que lo esperaban en Roma, el nuevo César quería curar durante algunos días su voz, algo deteriorada por los gritos militares, y entrenarla un poco para el uso civil. Por ello, entre Nápoles y la Vía Apia, donde le estaba preparado un gran convoy, hacia la mitad del recorrido, su séquito se detuvo durante algunos días en Atela, en la Campania. Allí, el séquito de recepción de Mecenas, después del encuentro con los que venían, ganó tiempo para hacer una lectura oficial del poema de Virgilio ante el nuevo César. Se organizaron, enteras, cuatro noches de ceremonias: tan importante era el asunto, con tan alto homenaje había que exhibir ante el público la proclamación de la nueva política. Bien cabe suponer que a estas sesiones-recitales, que prometían ser políticamente importantes y, además, un verdadero placer estético, también fue invitada la crema y nata de la sociedad que había viajado al encuentro. ¿Por qué otro motivo se habrían registrado estas veladas nocturnas en el itinerario? ¿Cómo —de no ser así— se habrían enterado del acontecimiento los historiadores y gramáticos Suetonio y Donato, y, finalmente, cómo nos habríamos enterado del acontecimiento nosotros, aquí en México, en el año 2003?

Naturalmente, el texto de las *Geórgicas* que leyó Virgilio no cuenta nada de eso; no puede hacerlo, en lo absoluto, por-

que él mismo es el acontecimiento; el texto, en su construcción retórica y mediante la estructura protocolaria de las alocuciones, simplemente presenta lo que sucede: Virgilio rinde cuentas a quien le hizo el encargo, a Mecenas; felicita por su triunfo a *Cayo Julio César Octaviano, hijo del divino* —presente en el público—; lo alaba como “Protector de Roma” contra los pueblos orientales (Virgilio no puede pronunciar los nombres odiosos de Antonio y de Cleopatra), y lo trata como al que sucederá a su padre y que, por eso, algún día ocupará, como su padre, un lugar en el cielo —en medio del círculo del Zodíaco que regula el curso del año y todas las fiestas—, y que, por ello, constantemente debe prestar oído a las plegarias que se le hacen. Mediante esta alocución, Virgilio habla de hechos que habían sucedido poco antes, o estaban a la vuelta de la esquina.

¿Qué le importa esto a un campesino? Muy poco. Lo único que tiene que ver con un joven campesino, ausente en Atela, imaginado y sólo formalmente nombrado, es el contexto, formalmente didáctico: la introducción a la agronomía; un contexto totalmente subordinado y puesto como vehículo poético en la base de todo el manifiesto. Este campesino imaginado aprende qué trabajos debe hacer, qué cosas debe considerar. Sólo bien raramente —una única vez en cada uno de los cuatro libros— Virgilio se dirige a él directamente, en segunda persona; sólo ocasionalmente, en silencio, alguno de los presentes pudo sentirse aludido por ello. El contexto didáctico únicamente sirve de ilustración, es decir, para demostrar y aclarar lo que se quiere decir al hablar de “compromiso con la agricultura”.

El principio, el centro y el final del poema se dirigen a la sociedad que está presente en la lectura del poema. Veamos el principio. Los cuatro primeros versos responden a las palabras introductorias de Mecenas, el presidente de la asamblea, el que había presentado a Virgilio ante el público y ha hecho hincapié en la situación crítica de la producción de los medios de subsistencia en Italia. Virgilio toma la palabra para contestar:

Cómo se logran las jocundas mieses, 1  
 qué astros, Mecenas, son los más propicios  
 para el empeño de asurcar la tierra  
 y de acoplar los olmos con las vides,  
 qué atenciones exigen los rebaños,  
 qué de afanes la cría, cuánta práctica  
 las abejas guardosas, tales temas  
 empiezo aquí a cantar.<sup>1</sup> 5

Ahora bien, la retórica tiene todo un capítulo de prescripciones precisas sobre cómo tiene que comenzar un discurso. El exordio, si es completo y no contiene ninguna digresión, normalmente comprende tres argumentos de los cuales uno capta la benevolencia; otro despierta la atención, y el tercero define el tema. El orden de sucesión no es indiferente. Aquí, hay reglas más precisas que definen con cuál de estos tres argumentos debe comenzar cada tipo de discurso. Un discurso puede comenzar con el tercer argumento —con el anuncio del tema—, pero sólo cuando dicho discurso no necesita, en lo absoluto, de un exordio propio, porque está después de otro discurso, por ejemplo en el senado, y el orador anterior ya ha dicho lo necesario. En tales casos, el orador sólo indica su tema preciso (como lo hace Virgilio en su poema); luego —en rigor—, comienza con la llamada *partitio*, una especie de título sobre un capítulo nuevo.

Exactamente así, Virgilio deja a un lado el motivo de la reunión, el saludo a los invitados, etcétera, y anuncia inmediatamente el tema de sus cuatro libros, y dice: *hinc canere incipiam*, “ahora comienzo mi recitación poética”. Ésta es una

---

<sup>1</sup> *Quid faciat laetas segetes, quo sidere terram  
 vertere, Maecenas, ulmisque adiungere vites  
 conveniat, quae cura bouum, qui cultus habendo  
 sit pecori, apibus quanta experientia parcis,  
 hinc canere incipiam.* 5

(Las traducciones están tomadas de Aurelio Espinosa Polit, S. I., con algunas muy ligeras modificaciones).



sobria notificación, y aún no pertenece al poema. El poema sólo comienza en el siguiente medio verso, como se debe, con tono elevado:

*Vos, o clarissima mundi* 5  
*lumina...*

La solemne invocación a los dioses y la súplica de su asistencia —es decir, una *captatio benevolentiae* de estilo sublime, como primer argumento de un exordio bien ordenado—, es el principio del verdadero poema.

El hecho de que primero se dirija a Mecenas, aun antes que a los dioses y que a los invitados prominentes, y aun antes que a los futuros lectores, obedece a que todo el recital de Virgilio tiene lugar en una ceremonia dirigida por Mecenas; a su vez, en esta ceremonia, la larga invocación a los dioses deja claro que el poeta hablará solemnemente sobre la agricultura.

El otro hecho, el de que la recitación ha de desatar un gran esfuerzo nacional en favor del reinicio de la producción agrícola, eso queda claro en el segundo argumento, en el de la atención: Virgilio despierta la atención para su doctrina al no pedir la ayuda de los dioses protectores de la agricultura. Sin embargo, el poeta es piadoso: sabe que hay que pedir su ayuda. Virgilio inserta en la comunidad de los dioses al nuevo César, al hijo del divino: dice que éste pronto ascenderá al cielo como un dios, y por cierto, como el supremo —sólo que aún no se sabe con exactitud desde qué parte del cosmos habrá de regir este cosmos—,

Y sobre todo tú, ven tú que un día, 24  
César, en los consejos de los dioses  
habrás de verte (en cuál aún se ignora)...<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> *tuque adeo, quem mox quae sint habitura deorum* 24  
*concilia incertum est...*

Y ahora, cuando el nuevo César ya está en la fila de los dioses, ensanchada a trece, Virgilio no pide ayuda de los dioses de la agricultura, sino que dirige su petición solamente a él, al decimotercero:

la empresa apoya que mi audacia intenta,                   40  
 ten como yo piedad de los labriegos  
 que su camino ignoran, y acostúmbrate  
 a ver que suben hacia ti sus votos.<sup>3</sup>

Sin duda, esta petición vale, *ad sensum*, también para los otros doce dioses. Sin embargo, se la expresa únicamente al César, a pesar de que, hasta ese momento, él aún es un hombre mortal. En tal forma, Virgilio no podía hacerle en serio una petición de ayuda para sí mismo, y de solidaridad y compasión para los campesinos, si él no hubiera estado presente en la sala: no podía escuchar pensamientos desde lejos, e indudablemente no podía cumplir súplicas inauditas.

Pero, puesto que hace la petición y, al final, incluso expresamente se dirige a él ya en ese momento como a un dios —y por cierto, como al supremo— que escucha peticiones, Virgilio ya actúa entonces en el espíritu del culto a los soberanos, ese que entonces comienza a establecerse en lugar de la religión oficial, que estaba en decadencia.

Ésta ya es una proclamación y, mediante ella —puesto que el nuevo dios a quien se invoca seguramente escuchará la petición y asistirá al poeta en la dirección de los agricultores—, mediante ella todo el manifiesto agrícola de las *Geórgicas* se convierte en una proclamación oficial del nuevo estado romano que, unos cuantos años después, se llamará “Principado” y “Edad augustea”.

---

<sup>3</sup>                   *da facilem cursum atque audacibus adnue coeptis,*                   40  
                     *ignarosque viae mecum miseratus agrestis*  
                     *ingredere et votis iam nunc adsuesce vocari.*

Evidentemente pues, cuando Virgilio escribió su poema en alguna alcoba de su casa, se concentró en la situación de su recital ante el César y ante la crema y nata de la sociedad, y concibió desde un principio los versos introductorios y proyectó la demás estructura alocutiva del poema de tal modo que, en esa primera recitación, él pudiera recitarlos sin cambios y sin añadiduras. Por ello, dichos versos nos fueron transmitidos así, y en los manuscritos hoy están así, como debió recitarlos en Atela.

De momento, parece ser algo fabulosamente audaz el suponer que todo el poema, con sus cuatro libros, fue compuesto y ajustado palabra por palabra para la ocasión de ese primer recital de Virgilio que cuenta la *Vita*. Que ya desde años antes se hubiera planeado y organizado esta fecha, con todas sus implicaciones políticas, y que todos los participantes —Virgilio, Mecenas, César, el hijo del divino, y su *cohors amicorum*— realmente hayan cuidado este plan... ¿Puede uno tomar eso en serio?

Por supuesto, no puede tomarse en serio que Virgilio supiera antes lo de la inflamación de las cuerdas vocales del *imperator*, ni lo del atrio que, un tanto de emergencia, se equipó muy bien en la pequeña ciudad de Atela. Pero, ¿por qué no tomar en serio lo que respecta al retorno triunfal del vencedor? ¿Acaso el nuevo César adoptado, Octaviano, cuando se disponía al combate por la herencia y por la política del dictador, y cuando, finalmente, marchó contra Antonio y Cleopatra, acaso no previó también ya entonces la victoria, el triunfo y el ordenamiento de la tierra?

El texto del poema de las *Geórgicas* es seguro y nos ha sido transmitido por escrito, y en él, las alocuciones y apóstrofes y los correspondientes contextos están dispuestos de tal manera que tuvieron plena validez en su concomitancia con el acto oficial que se describe, y sólo con éste. Un poema didáctico, como un discurso o como una tragedia aristotélica, está determinado por un tiempo, por un lugar y por unas personas; así,

las *Geórgicas* se determinan como un discurso pronunciado por orden de Mecenas ante César Octaviano y amigos invitados, cuando César retornaba a Roma con su ejército para celebrar su triunfo sobre Cleopatra y otros enemigos. Si la lectura poética de que habla la *Vita* hubiera tenido que suspenderse a causa de fastidiosos incidentes históricos, y Virgilio no hubiera tenido ninguna oportunidad de leer las *Geórgicas* en voz alta y personalmente al dictador-heredero, delante de testigos y aun antes de su entrada en el senado, entonces, Virgilio habría escrito una proclamación que jamás habría sido proclamada. En tal caso, la obra habría tenido un destino semejante al que tuvieron los grandes discursos de Cicerón contra Cayo Verres: ellos nunca se pronunciaron, porque no era necesario; sin ellos, el destino ya había alcanzado al acusado.

No fue así. La lectura poética de Virgilio se realizó, y el poema logró su objetivo en su mayor parte —excepto el final, la pieza de Aristeo y Orfeo—. Acerca de este *Apéndice*, tendré que decir algunas cosas al final de este ensayo.

No hay ninguna base objetiva para dudar de la *autenticidad* del documento —en el sentido de que el poema fue determinado históricamente por las circunstancias concretas del tiempo y del lugar en que se realizó su lectura, y de las personas que participaron en ella—. En realidad, esta autenticidad de las *Geórgicas* sólo nos parece increíble, porque, en poesía, es totalmente inusual la autenticidad de la situación del discurso y, en realidad, en el poema de Virgilio, ésta se ve como inusual sólo porque hasta hoy no se ha comprendido que los poemas didácticos de Hesíodo y de Arato también están determinados por una situación histórica concreta: tienen autenticidad.

Es un hecho que la lectura del poema que se hizo en Atela, en cualquier caso —sea que haya sido planeada, sea que haya sido casual—, fue la proclamación del programa de restauración del nuevo régimen. Ciertamente fue presentada por el poeta Virgilio como una petición; sin embargo, dicha petición

sólo fue una ficción teatral. Virgilio jamás le pidió su opinión personal al triunviro que, después de muchos golpes de estado de un tipo y de otro, en ese momento subía al poder.

Con base en estudios personales, Virgilio redactó una agronomía objetiva, una que sirvió de “soporte” al manifiesto, como un innoble árbol frutal sirve de soporte al injerto. No obstante, con esta agronomía se dirige Virgilio al gran público de toda la nación, sobre todo a los soldados de César, que a partir de ahora son veteranos y colonos, y a los futuros lectores del poema y a todos aquellos a quienes quiere estimular para que trabajen el campo.

El verdadero poema didáctico parece comenzar después del proemio, con estos versos:

Cuando, al romper la primavera, gélido  
baja el deshielo de las canas cumbres,  
y al aliento del céfiro, las glebas  
en polvo se desatan, ¡pronto, bueyes!  
que al clavarse la reja empiece el hondo  
resoplo gemidor, y al fin del surco  
ella relumbre cual luciente espejo.<sup>4</sup>

Pero el trabajo, cuyo principio Virgilio modela siguiendo conceptos hesiódicos, no avanza mucho. Después de unos cuantos versos, el poeta debe volver hacia atrás y empezar de más lejos, desde el principio.

Tomando como ejemplo el libro primero, quiero mostrar la estructura temática de las *Geórgicas*.

Antes de arar un campo, hay que pensar bien lo que uno quiere cultivar en ese campo: cada cultivo requiere de un tratamiento distinto. Puesto que los veteranos que regresan de

---

<sup>4</sup> *vere novo, gelidus canis cum montibus umor  
liquitur et zephyro putris se glaeba resolvit,  
depresso incipiat iam tum mihi taurus aratro  
ingemere et sulco attritus splendescere vomer...*

la guerra jamás han pensado en cosas de tal índole, y la mayoría de ellos ni siquiera ha visto su parcela de tierra, el poeta debe —antes que otra cosa— dar un panorama de los trabajos más importantes y, con ejemplos, mostrar lo que alguien tiene que aprender para ser agricultor.

¡Hesíodo no había planeado tan cautelosamente, ni con tanta amplitud de visión! Virgilio obtiene estos conocimientos de la literatura reciente, pero no puede exponerlos ordenadamente, pues en seguida se presentan otros conocimientos y experiencias que había que considerar.

Virgilio debe explicar la rotación alterna de cultivos y las posibilidades de la fertilización, la necesidad y las posibilidades de irrigación artificial y, también, las del desagüe de las tierras pantanosas. Hesíodo no enseñó nada de eso, pero sí Catón, Varrón y otros romanos, y, antes de éstos, Teofrasto, el sucesor de Aristóteles en la dirección del Perípato, y muchos otros autores, entre ellos, el cartaginense Magón, de cuyo libro había una traducción griega. Científica y técnicamente, la agronomía de Virgilio es, justo como su política, lo más actual que existe en su tiempo. Sin embargo, la política pedía que él no hablara de dos cosas que son necesarias en la administración de una verdadera finca: de dinero y de matar animales. Según Virgilio, en una finca vive una comunidad de hombres y animales, una comunidad que no parece tener ningún otro objetivo más que vivir, y a éste pertenecen el desarrollo de la fuerza —por ejemplo, la de los caballos de carreras— y el amor y la cría de la descendencia en un ambiente natural, y no más. La venta y la compra, la ganancia y la pérdida, todo el aspecto económico de la agricultura que Catón y Varrón y los otros agrónomos trataron exhaustivamente, en Virgilio se pasa por alto silenciosamente. En tal forma, Virgilio considera el hecho de que los nuevos agricultores no compran su finca, sino que la adquieren como asignación —como *honesta missio*—, y deben estar contentos con ella, aunque sea modesta y no pueda competir en el mercado.

Naturalmente, la situación misma en Atela también implica que nada puede exponerse por completo. De todo lo que podría hablarse, sólo da unos cuantos ejemplos que muestran todo lo que uno debe tener en cuenta. Incluso los ya ancianos terratenientes que escuchan a Virgilio pueden aprender algo de él, quizá más que los guerreros que regresan a la patria, a quienes aparentemente se les dedica el poema.

Entre estas exposiciones se diseminan, como joyas poéticas, unas eruditas descripciones de la naturaleza que, según Lucrecio, Teofrasto, Arato y Aristóteles, ilustran cómo dichas fuerzas —ocultas en los nombres de los dioses— determinan la vida de las plantas, de los animales y de los hombres.

Desde tiempos remotos, Júpiter, el dios supremo, es venerado en Roma como el dios oficial, en el templo mayor y más grande. Sin embargo, Virgilio, cuando dice “Júpiter”, se refiere simplemente al cielo que determina el tiempo, y aterra y derriba a los hombres con sus rayos, truenos y tempestades. Con razón le tienen miedo. Pero, fecundada por Júpiter, la tierra produce plantas, y Ceres —la Agricultura— les ha enseñado a los hombres a obtener alimento de los tallos del campo. Para los agricultores, esto significa, año tras año, un trabajo difícil que, no obstante, desde que Júpiter rige en el cielo, debe llevarse a cabo, y, cuando nuevamente se ha realizado en el año, los hombres celebran con razón fiestas felices. En el concierto del Sol, la Luna y las estrellas se ven los ritmos vitales de la naturaleza, y uno ha aprendido a incorporarse a ella; sin embargo, también en los animales —sobre todo en el vuelo y en el variado revoloteo, algarabía y canto de los pájaros— puede escucharse lo que decreta el tiempo y la estación del año.

También en el Sol y en la Luna hay signos importantes y aterradores que dan indicaciones a los hombres incluso acerca de la guerra y de la paz.

Con esta anotación al final del libro primero, Virgilio —que no cree para nada en prodigios— vuelve a su manifiesto político.

Los signos del tiempo que da el Sol le recuerdan el gran eclipse y los muchos prodigios que, tras el asesinato de César, provocaron el terror en toda Italia, e incluso hasta Germania. El Etna hizo erupción, una nube de polvo enturbió la atmósfera durante todo el año, los hombres se intranquilizaron, temieron ataques sorpresa de los enemigos, por doquier veían monstruosos engendros en el ganado y rabia entre las fieras salvajes; también hubo tempestades y se dio una inundación del Po; en el cielo apareció un cometa, y en Filipos, ¡por segunda vez, combatieron en combate los romanos contra los romanos!

Virgilio opina que, ahí, uno podía darse cuenta en aquel tiempo, de que el estado romano y el orden jurídico romano se habían derrumbado. ¡Con la guerra civil, Marte había disuelto la república en la anarquía! Al describir los prodigios, Virgilio recoge la creencia popular que él mismo no comparte. Sin embargo, la interpretación que hace de los prodigios, como si él fuera augur y harúspice, ésa sí la hace en serio, porque ahí añade una plegaria por el nuevo César, el doncel, una plegaria que llega hasta el corazón: ¡Dejadlo vivir ahora! ¡Perdonad, finalmente, a los romanos, oh dioses antiguos! ¡Perdonad el viejo fratricidio y reconciliad a todos entre sí!

¡no impedáis que este joven, él al menos, 500  
socorra nuestro siglo tan revuelto!<sup>5</sup>

Junto con el triunfo —hacia el cual el *Caesar Divi Filius* conduce ahora a Roma su desfile militar— debe hacer su entrada un nuevo orden. ¡Ojalá que los dioses no envidien este orden al triunfador y a los romanos!

Así termina el primer libro, con el palpitante motivo del manifiesto.

---

<sup>5</sup> *hunc saltem everso iuvenem succurrere saeclo  
ne prohibete!*



A continuación trazo a grandes rasgos los otros libros. En el libro segundo, Virgilio instruye acerca de la plantación e injerto de los árboles frutales y de las vides, y proclama —en el centro de este libro— el asunto principal: ¡Italia! Esto significa: “no Roma”. El nuevo pueblo romano cultivará a Italia: ¡no a África, no a la Galia! Italia lo acrecentará y lo alimentará con cereales, frutos y magníficos toros para el sacrificio, y con caballos: no Egipto, ni Siria, ni Arabia, ni la India. Italia es la que ha engendrado fuertes y hábiles pueblos: no Grecia, Macedonia o Persia; no Germania o Britania. Es Italia la que está urbanizada con una red de carreteras y puertos para el comercio, embellecida con ciudades fuertes y populosas: no es Frigia, ni es Lidia, ni es Panfilia, ni es Paflagonia, ni es Cilicia; no es Siria, ni es Babilonia, ni es Egipto, ni Arabia, la ruta de la seda. Italia tiene muchas ciudades: son urbes en su gran mayoría. No sólo existe la urbe de Roma.

El público debe escuchar atentamente, pues mediante este encomio de Italia, la economía y la cultura de la ciudad-estado de Roma han terminado y quedan disueltas en una vasta agricultura que se extiende en una superficie de miles de parcelas de municipios y colonias de veteranos, la agricultura de un estado territorial itálico que tiene su gobierno en Roma, pero ya no está señoreado por los romanos. No es Roma, es Italia la patria del imperio de la paz, en donde los señores del mundo encuentran su satisfacción: así lo debe creer, sobre todo el veterano.

En tal forma, el fructífero campo itálico ya no pertenecerá más a latifundistas que —todos— tienen su residencia en la ciudad de Roma; de ahora en adelante, los terratenientes itálicos no explotarán su tierra desde lejos, mediante esclavos, sino que la habitarán y ellos mismos la cultivarán. La vida en el campo es más segura, más hermosa, más rica que la de la ciudad, y es más justa.

En este lugar, cuando termina la mitad del poema, al final del libro segundo, antes de una gran pausa que él mismo

anuncia, Virgilio se dirige también a los terratenientes. Él mismo es uno de ellos —sin duda uno más pobre y provinciano—, y él, como ellos, también estuvo amenazado por un destino inseguro y desastroso. El poeta les demuestra cómo él ama, sobre todo, la filosofía de la naturaleza o, al menos, la vida de acuerdo con ella; es decir, la vida del campo. Allí hay paz; en la ciudad, como ellos mismos saben, hay inquietud, pena y lucha. En la ciudad, estos terratenientes poseen casas con altos portales y magníficos paneles, pero con gusto se retiran de ellas al campo, a sus lagunas de agua fresca y a sus grutas, a sus cotos de caza y a sus devotos clientes y, en resumidas cuentas, a la tranquilidad que ahí disfrutaban, y a la paz. ¡En el campo se vive lejos de los golpes de estado y de los abusos de las fasces (de los lictores), lejos de las humillaciones de una corte griega, lejos del pánico de las invasiones de los dacios del Danubio! Así describe Virgilio las plagas que muchas de las personalidades de alta posición social que estaban entre el público, habían evitado gustosamente una y otra vez en años pasados, yéndose a descansar al campo.

Ahora —da a entender Virgilio—, todos los que se dedicarán a la agricultura en la bella Italia disfrutarán esa vida pacífica en el campo, para siempre.

Virgilio no dice que, entre tanto, en las provincias de África, Asia y, recientemente, de la Galia —para no hablar de Egipto—, los empresarios ricos acaparan enormes bienes raíces y, en tal forma, obtienen ventajas mercantiles, con las cuales no puede competir la parcela que se ha asignado al colono. En la proclamación de las *Geórgicas*, la finca rural no es una empresa industrial, sino un medio de subsistencia que satisface en todos los aspectos. Y así serán todas las fincas en toda la Italia, alabada como rica en todas las tierras del mundo.

Luego, después de la pausa y al principio del libro tercero, Virgilio le anuncia a este mismo público, que ahora también él, después de la victoria sobre Cleopatra, va a dejar la pequeña forma alejandrina con sus temas griegos, que hasta ahora

han estado de moda, y que va a volverse finalmente hacia la alta política nacional.

Por cierto, antes debe cumplir su promesa, el encargo de Mecenas, y completar su doctrina de las *Geórgicas*. En el libro tercero, Virgilio habla de sus proyectos personales, esos con los cuales él, como poeta, quiere lograr el objetivo de su existencia. Quiere coronar su poema de agricultura con la doctrina de la cría de ganado y de caballos: bueyes de arado, toros para el sacrificio y caballos de carreras; éstos son los productos más preciosos de la agricultura, y ¡ningún poeta ha hecho un poema acerca de su cría y de su crianza! Virgilio está seguro de que, ante el jurado de las nueve musas del Helicón, con este tema superará al creador de la poesía épica didáctica, a Hesíodo, y de que se llevará la palma a su tierra natal cerca de Mantua, con las nueve musas como séquito.

Nuevamente, el público debe escuchar atentamente. La tierra natal del poeta es Mantua, en donde el reparto de tierras le dejó su parcela, y allí —cuando haya vencido a Hesíodo— Virgilio también dedicará solemnemente un templo al *Caesar Divi Filius*; no en Roma. Pero las musas querrán marcharse a Roma, al templo de Apolo, que el mismo *Caesar Divi Filius* le ha prometido solemnemente a Apolo y que ahora va a construirse, y en el cual ha de instalarse una biblioteca nacional que le quitará el rango a la de Alejandría, la tierra natal de la reina vencida.

Ya posteriormente —continúa Virgilio— compondrá su gran poema épico en donde, con un mito de origen, basamentará el culto a la familia Julia y al César, a quien él se imagina como a un futuro dios protector de Italia.

Después de este preámbulo al público ilustrado, Virgilio enseña en el libro tercero los principios de la cría del ganado y de la crianza, es decir, el control del apareamiento, la preservación de la especie y la doma del impulso, sobre todo del impulso sexual.

En el libro cuarto, tomando el ejemplo de las abejas, Virgilio muestra lo que podría ser —sin el impulso erótico y con un perfecto control de las crías— economía y fabricación de magnitud industrial; aquí, no obstante, también entretiene a su público con una divertida caricatura: a veces, también las colmenas tienen disensiones entre ellas, y se arman para la lucha; marchan al campo de batalla y se acometen en masa unas contra otras, en guerra civil: ¡como los romanos! En esos casos, el apicultor debe dar muerte a uno de los dos reyes: ¡al peor! Como lo hizo Apolo en la batalla de Accio.

En otro caso, si se enferma una colmena, entonces perece de golpe todo el pueblo merced al contagio inevitable, y, a veces, mueren en toda una región todas las colmenas.

Ahora bien, en las *Geórgicas*, ésta ya es la segunda extinción con que se hunde toda una economía. Al final del libro tercero se contó la epizootia en la región de los nóricos, en la cual pereció —literalmente— todo el ganado en esa región y, con él, no sólo pereció la ganadería, sino, puesto que faltaba el ganado, faltaron los animales de trabajo y la carne y leche, los huevos, la lana, y además inclusive se contaminaron y resultaron mortales las tierras de pastoreo: absolutamente toda la economía con todos sus negocios. La gente tuvo que emigrar y buscarse otra patria en otros lugares. Ahora, en el libro cuarto, también se extingue la apicultura de toda una región. Así sucede en la naturaleza, según enseña Lucrecio: ¡todo lo que surgió, terminará algún día!

Pero, ¿qué sucederá en tal caso? ¿Termina también con eso el manifiesto de restauración? ¡Sí, y no! No ha terminado el contenido del mensaje, pero aquí termina su forma externa. Termina el poema de Virgilio, que es soporte didáctico de una proclamación, de un manifiesto en pro de una agricultura en Italia, una que debe ser reinstaurada y fomentada por *Cayo Julio César, hijo del divino*. Hasta aquí llega realmente la estructura alocutiva que corresponde a la realidad de la ceremonia recitativa en Atela, y ahí —y sólo ahí— ha tenido

plena validez. Hasta aquí, todas las partes del poema han logrado su objetivo. Sólo queda la firma del poeta en la *sphragis* de los últimos versos.

Por eso, ya aquí, aunque en un lugar retóricamente inadecuado, debo dar una respuesta sintética a mi pregunta de qué es lo sobresaliente en este poema de Virgilio, eso en que supera a todos los poemas didácticos anteriores.

No es el hecho de que la estructura alocutiva se atenga realmente al momento histórico de la proclamación en Atela. Este hecho no es obra del arte, sino reflejo ingenuo e inconsciente de la situación real para la cual el poema didáctico se concibe y nace, y ya valía para el primer poema didáctico de nuestro círculo cultural europeo, para *Los trabajos y los días* de Hesíodo, y para los *Fenómenos* de Arato y, probablemente, en general, para todos los poemas didácticos de la antigüedad. En los *Trabajos y los días* —por ejemplo—, la estructura alocutiva se atiene realmente al momento histórico de un discurso judicial, y en éste se inserta la doctrina del campo; en los *Fenómenos*, se nos enseñan las constelaciones y los signos del tiempo en una estructura alocutiva que se atiene realmente al momento histórico de la libación de un simposio quizá celebrado por el rey Antígono con motivo del establecimiento de la enseñanza astronómica en los liceos reales.

Lo extraordinario en las *Geórgicas* de Virgilio es más bien la suerte de Virgilio, la suerte de dirigir su petición a un poder político que, a partir de su proclamación oficial, había de dominar durante largos siglos. El recién conquistado poder político le daba la oportunidad de hacer de la situación social y política de su pronunciación un dibujo que, comparado con los que habían hecho los otros poetas didácticos, resulta más completo y más lujoso. Dicho poder político le otorgó a su doctrina una autoridad y dignidad superior, mayor incluso que la misma política agraria que se proclamaba y que, de hecho, no se mantuvo mucho tiempo. A ello— ¡por supuesto!— hay que agregar, en Virgilio, el dominio soberano de la formu-

lación conceptual y de la expresión poética. Sin embargo, en estos terrenos, Hesíodo, Parménides, Empédocles, Arato, Nicandro y Lucrecio también habían logrado lo suyo.

Por otra parte, su arte poética no podía permitir que el poema y el recital terminaran con la resignada certeza de la muerte: con la enfermedad y extinción de las abejas.

Por ello, aún suplico otros minutos de paciencia para mi interpretación del *Apéndice* del poema.

En el *Apéndice*, Virgilio nos consuela con un drama misterioso de filosofía natural acerca de la vida y de la muerte. Aquí se relata cómo el héroe arcadio Aristeo encontró un medio para producir directamente una nueva colmena, mediante la adecuada mezcla de elementos: el arte de la llamada “bugonía”.

Virgilio cuenta la historia de este invento en un epilio, en un pequeño poema épico conforme a modelos alejandrinos: en el epilio se inserta otro, aún más pequeño, que le hace contraste. En el relato de la producción artificial de una colmena —producción bien lograda—, se intercala, haciendo contraste, la historia de Eurídice, a quien Orfeo va a buscar al inframundo —búsqueda malograda—. Con estos dos relatos, Virgilio muestra cómo sí y cómo no se puede recuperar a un ser viviente que se ha perdido.

En efecto, Orfeo desciende a la morada del rey del inframundo, y suplica la devolución de su querida esposa Eurídice, a quien ha perdido. Sin ella —dice—, él sólo puede continuar su luto y seguir lamentándose. Su llanto fúnebre conmueve el corazón de los reyes que —de vuelta a casa— le dan a Eurídice, pero como una sombra a la cual, por otra parte, sólo debe mirar arriba, a la luz del día. Orfeo no aguanta. En el camino mira hacia atrás para ver si la sombra que lo sigue es Eurídice, y tiene que ver que Eurídice se ha perdido para siempre, que no es suya. Ella grita:

¡Adiós! Me llevan...  
ya me cerca la noche, y arrancada

de ti por siempre, a ti tiendo las manos  
sin poder más...<sup>6</sup>

En efecto —así enseña Lucrecio—, cuando muere un ser viviente, el alma escapa y se pierde en el aire como vapor, sus átomos ya no pueden volver a reunirse. Es imposible que un ser humano renacido de la tierra pueda ser el mismo que el que, muerto, se fue hacia la tierra.

En tal forma —cabe interpretar—, después de las guerras civiles, tampoco las clases sociales de la república romana pueden volver a reunirse. El pueblo romano que erigirá en Italia un nuevo imperio, ya no será más el mismo de antes.

Por el contrario, mediante el sacrificio de un buey, Aristeo descubre que, a partir de los átomos vivientes que permanecen en el buey inmolado, surge una colmena, con tal que el animal haya sido sacrificado sin lesiones externas y uno cuide su cuerpo debidamente: bien ventilado, pero protegido de las inclemencias del tiempo. Esta nueva generación es exitosa. El nuevo pueblo romano podrá vivir mucho tiempo y felizmente, hasta que el destino lo alcance también a él. Así, Virgilio quería, para convocar al trabajo a los romanos, un signo de esperanza de vida que les mostrara cómo, por la eterna naturaleza de los átomos, si bien el nuevo reino romano es también mortal, la vida de los mortales surgirá constantemente, de nuevo y por siempre. Y con ello termina el poema didáctico de Virgilio.

En cuanto al contenido, el epilío queda muy bien al final de las *Geórgicas*; es más, su presencia ahí es necesaria.

Sin embargo, este final no logró su objetivo original, porque originalmente no es poesía didáctica agrónoma, sino satírica-filosófica, es decir, poesía de otro género. En el contexto de las *Geórgicas* se presenta como en otro escenario, y

6

*iamque vale: feror ingenti circumdata nocte  
invalidasque tibi tendens, heu non tua, palmas.*

no debe sorprender que incluya muchas secciones que, en este contexto, apenas tienen una función razonable, y ningún sentido para el poema didáctico. Además, el comentarista Servio cuenta una anécdota según la cual Virgilio, después del suicidio del prefecto de Egipto, Cornelio Galo, en el año 26 antes de Cristo, debió reelaborar las *Geórgicas*; junto con este dato, nos conserva la noticia de que el final de las *Geórgicas* originalmente estaba pensado para ese poeta amigo de Virgilio, Cornelio Galo, no para Mecenas. Por eso, muchos filólogos consideran las imprecisiones del epilio como huella de una reelaboración que el mismo poeta hizo después, y no del todo consecuentemente.

No obstante, a mí me parece que los problemas se resuelven muy fácilmente, si uno ve que el epilio es una pieza de producción previa, anterior al encargo de Mecenas a Virgilio, y que las faltas de motivación se deben a su destino original: su presentación teatral como pantomima. Muchos detalles del mito de Aristeo y Orfeo resplandecen en una nueva luz de plasticidad, si se interpretan como requisitos escénicos o como gestos mímicos. Por tanto, yo creo que el *Apéndice* de las *Geórgicas* originalmente fue concebido como “texto para el cantor”: este cantor debía interpretar en voz alta la acción simultánea de una pantomima muda. Este texto para una pantomima es lo que Virgilio quería dedicar a su amigo Galo, como obra independiente: un tipo de sátira de dioses, semejante a las así llamadas *fliques*, una que se mofaba de Orfeo como de un cantante arrogante que no quiere admitir que la muerte de los hombres es algo definitivo.

Empero, cuando Mecenas, después de la publicación de las *Bucólicas*, le encargó las *Geórgicas* a Virgilio, y Galo —en otra parte— lograba una carrera política extraordinaria ante Octaviano, entonces Virgilio, como lo dice en su tercer proemio de las *Geórgicas*, después de la batalla de Accio, renunció a los pequeños poemas alejandrinos en favor de los grandes encargos de las *Geórgicas* y de la *Eneida*. Hoy, todo



aquello está superado y es obsoleto: eso dice en el tercer proemio.

Ahora bien, es posible que, en el contexto de las *Geórgicas*, Virgilio haya usado algunos esbozos de aquel trabajo. Pero el epilio de Aristeo y Orfeo ya estaba totalmente listo, y a tal grado pertenecía conceptualmente a las *Geórgicas*, que Virgilio ya no quiso publicarlo como pieza teatral sola, sino que la unió como final al libro cuarto de las *Geórgicas* que, de otro modo, habría terminado, poco satisfactoriamente, con la enfermedad y muerte de las abejas.

Lamentablemente, el éxito de este montaje no fue bueno. La forma poética de la pantomima no entra bien en un poema didáctico, de manera que, hasta hoy, dicho montaje se tiene como una elaboración imperfecta, y su sentido satírico se ha entendido a la inversa. En esta elaboración, Virgilio celebró la bugonía como una invención divina, y se burló del luto desconsolado de Orfeo como de una tontería. Para él, los átomos, incluso los de un cadáver, tienen vida eterna, pero un amante que prefiere a su esposa muerta y no a tantas otras vírgenes que se le ofrecen como novias, es un bufón insoportable.

Sin embargo, la Europa cristiana juzgó a la inversa: para ella, la formación de insectos nuevos de un cadáver era un error zoológico de Aristóteles, mientras que Orfeo, desde la antigüedad tardía, se ha convertido en un símbolo del Salvador, un tipo de nuestro Señor Jesucristo. Los cristianos se compadecen del Orfeo virgiliano, y entienden su amor conyugal como símbolo del amor de Dios por cada una de las almas. Desde el renacimiento, el relato del amor eterno de Orfeo a Eurídice frecuentemente ha sido objeto de elogios y de poemas, y se ha puesto en escena con Orfeo como un héroe trágico, pero, en realidad, no con el texto de Virgilio, ni con el sentido que le dio Virgilio.

De esta manera, el mito final es la única sección de las *Geórgicas* que no logró el objetivo que Virgilio le asignó originalmente.